

mas, y encontraron á Guillermo Bertrand, obispo de Bayeux, que ya se habia encerrado en la plaza con toda la nobleza del país que habia podido salvarse de los invasores. Caen era una ciudad mercantil y populosa, llena de ricos ciudadanos, de nobles damas y hermosas iglesias; pero sus murallas estaban arruinadas por varias partes, y su castillo, aunque fuerte, no podia proteger á la ciudad mas que por un solo flanco. Toda la guarnicion se reducía á trescientos genoveses mandados por el señor de Warigny. Era ya un progreso en la ciencia del gobierno el poder sostener cien mil hombres sobre las armas, como Felipe los estaba sosteniendo en Gascuña; pero como no se habia establecido el sistema de ejército permanente, el resto del reino carecia de elementos de defensa. La edad media, que no conoció la organizacion fija de tropas asalariadas, fue la época mas favorable á la libertad y únicamente por falta de luces en vez de aprovecharse de esa circunstancia, fue una época de esclavitud: cuando se propagaron las luces, se dió estabilidad á los ejércitos.

La escuadra inglesa habia llegado á la embocadura del Orne, rio de poca importancia que pasa por Caen. Eduardo sentó sus reales á dos leguas de esta ciudad, creyendo que encontraría resistencia. El conde de Tancarville queria con mucha razon que la defensa se limitara al paso del puente, al castillo y al cuerpo de la ciudad abandonando los arrabales; pero los ciudadanos se opusieron, diciendo que se sentian con ánimo para batir al rey de Inglaterra en campo raso. El condestable apoyó esta baladronada, y dió lugar á que por sus consecuencias pudiera acusarse de incapacidad, cobardía ó traicion. En otros tiempos habia este condestable recibido regalos y obsequios de parte del rey de Inglaterra, y esta circunstancia unida al generoso acogimiento que le habian dispensado en aquel país acabaron de hacerlo sospechoso. Los tronos necesitan victorias, y Felipe no conoció sino derrotas: la desgracia desata á los hombres del juramento de fidelidad.

Eduardo, al salir el sol, si bien se hallaba dispuesto á exterminar una ciudad, oyó misa, y de allí á poco, violando tumbas y degollando pueblos mandó celebrar magníficos funerales por los nobles normandos decapitados por Gofredo de Harcourt.

A todo esto los ciudadanos de Caen puestos ya en línea de batalla no cumplieron lo que habian ofrecido, pues así que oyeron silbar las flechas de los ingleses se pusieron en vergonzosa fuga, dando lugar á que los invasores penetraran revueltos con ellos en la ciudad, pues el rio venia tan escaso de agua que por cualquiera parte podia pasarse á vado. El condestable juntamente con el conde de Tancarville se puso en salvo bajo una puerta á la entrada del puente delante de la iglesia de san Pedro. Algunos caballeros y escuderos se refugiaron en el castillo. El condestable pudo, desde las almenas donde se habia refugiado, ver cómo los arqueros ingleses iban degollando con toda impunidad gente á lo largo de la calle Mayor. Entre aquellos guerreros conoció á un caballero tuerto, llamado Tomás Holland, con quien en otro tiempo habia contraído amistad en las guerras de Prusia y de Granada: el condestable le llamó por su nombre y se le entregó con el conde de Tancarville y unos veinte caballeros franceses.

Los ciudadanos al ver que no se les daba cuartel, construyeron barricadas y principiaron á defenderse, arrojando de las ventanas y tejados todo cuanto les venia á mano contra los ingleses. Estos, por su parte, fracturaban las puertas, se abrian paso con el fuego y con la espada, violaban las mujeres en medio de las llamas, y degollaban á cuantos se les ponian por delante. Cada casa daba lugar á un nuevo combate, y renovaba los horrores de una ciudad tomada por asalto.

Mas de quinientos ingleses habian perecido ya en

el tumulto. Eduardo, para poner fin á esta resistencia, mandó que se aplicara fuego á la ciudad. Hallábase presente Gofredo de Harcourt al dar el rey esta orden, y empezó por primera vez á sentir remordimientos: manifestó al monarca extranjero que aun tenia que atravesar largo espacio de país, y que le importaba economizar la sangre de sus soldados para los apurados trances en que necesariamente tendria que verse en lo sucesivo; que los ciudadanos de Caen, si se veian reducidos á la desesperacion, tratarian de vender muy cara su vida, y que si por el contrario se les ofrecia clemencia, le seria fácil al mismo Harcourt restablecer la tranquilidad en muy pocas horas.

Este consejo que no fue despreciado por parte de Eduardo, al paso que evitó algunas desgracias particulares, produjo un mal general á toda la Francia.

Cuando al principio de una invasion ocurre un noble ejemplo de abnegacion se inflaman súbitamente todos los corazones, palpitando de virtud y de gloria é inspirados por aquel entusiasmo que hace invencibles á las naciones: trescientos espartanos salvaron á su patria en las Termopilas. Harcourt fue cabalgando de calle en calle, y mandando en nombre del rey de Inglaterra que nadie, so pena de extrangulacion (hart) fuese osado á incendiar casas, violar mujeres ó matar hombres que no hicieran resistencia. Los ciudadanos dejaron al momento las armas y abrieron las puertas de sus casas. Entonces principió una especie de saqueo organizado que duró tres dias. Eduardo se reservó su parte de botín que consistió en joyas, vagilla de plata y tejidos de toda clase.

Por una crecida suma compró á Tomás de Holland el derecho que este tenia sobre sus prisioneros de guerra el condestable y el conde de Tancarville, y habiéndolos embarcado juntamente con otros sesenta caballeros y trescientos ciudadanos en un buque de alto bordo, fueron llevados á Londres, por la esperanza de sacar de ellos un gran rescate, á pesar de haber perdido todos sus bienes en la toma de la ciudad. El buque que condujo á Londres estos cautivos iba tambien cargado de la parte mas preciosa del botín, sin duda para incitar el deseo de los ingleses á tomar parte en el pillaje que podian prometerse del resto de Francia.

En Caen existia el sepulcro de Guillermo el Bastardo: el terreno que ocupaba esa tumba habia sido disputado en otro tiempo á los restos mortales de aquel príncipe, por un ciudadano llamado Ascelin que decia haber sido desposeido injustamente de aquel terreno por usurpacion del mismo Guillermo.

Los hijos de los compañeros que este monarca llevó á la conquista de Inglaterra volvian ahora á conquistar y á proclamar sus cenizas.

Dos cardenales legados, á quienes Eduardo se negó á dar audiencia, fueron testigos de la ruina de Caen. Hemos llamado ya la atención y la volveremos á llamar en lo sucesivo, por lo tocante á los esfuerzos que la Santa Sede hizo á fin de evitar la efusion de sangre en esas guerras crueles. Nada podia ofrecer mayor interés que el ver cómo unos hombres de misericordia iban siguiendo por todas partes á unos hombres de sangre, haciendo esfuerzos por quitarles las armas de las manos, suplicando antes del combate, llorando despues de la victoria, incansables, despreciados en todas partes, y pareciendo pacíficas palomas mezcladas con los buitres en los campos de batalla.

Felipe reunió en San Dionisio un ejército, al cual se reunieron apresuradamente los príncipes feudatarios de la corona, sus amigos y sus aliados. El conde de Beaumont, Juan de Hainaut, que hacia poco se habia reconciliado con la Francia, se presentó con gran número de caballeros; el duque de Lorena acudió con trescientas lanzas; los condes de Saboya, de Salbruges, de Flandes, de Namur, de Blois, y toda la nobleza que no estaba ocupada en el asedio de Aiguillon se

presentaron en San Dionisio. Juan, rey de Bohemia, se hallaba en aquel momento en sus Estados: su hijo Carlos acababa de ser electo emperador, y era inquietado por parte del antiguo emperador excomulgado, Luis de Baviera: el rey de Baviera ademas habia perdido la vista, pero ninguna de esas circunstancias pudo contenerle en Alemania: apenas recibió los correos que Felipe le habia enviado, se puso en camino á despecho de todo el esfuerzo que para disuadirle hacian sus ministros. Ese anciano monarca, verdadero modelo de lealtad; dijo á sus próceres. «¡Ay! aunque me hallo ciego no he olvidado el camino de Francia. Quiero ir á defender á mis queridos amigos y á los hijos de mi hija, que esos ingleses intentan robar.» Juan partió efectivamente con su hijo Carlos, y se reunió á Felipe.

Eduardo habia salido ya de Caen. Solo el epígrafe de los capítulos de las crónicas de aquella época bastan para dar una idea de la conducta que observaba el ejército invasor durante la marcha; *Males que los ingleses causaron en Normandia: Se da noticia de cómo tal ciudad fue saqueada: Se refiere cómo todo el país fue quemado y destruido*, etc. Por de pronto tomó el camino de Evreux; mas como esta era una ciudad murada, no la atacó. Tomó por asalto y redujo á cenizas á Louviers, célebre ya entonces por sus fábricas de paño, y de allí marchó hácia Rouen, cuyos gobernadores eran los condes de Evreux y de Harcourt. Gofredo pudo ver ondear la bandera de su hermano en los muros de Rouen.

Felipe habia hecho cortar todos los puentes del Sena desde esta ciudad hasta París, y él mismo en persona se hallaba en Rouen en el acto de presentarse los ingleses al otro lado del Sena. Eduardo pasó sin hostilizar á la ciudad de la que no estaba separado mas que por el rio: su intencion se reducía á aprovecharse de la primera ocasion oportuna para entrar en Picardía, y retirarse al Ponthieu que le pertenecia. Con ese objeto fue subiendo por las márgenes del Sena, sin dar tregua á su sistema de desolacion. Felipe seguia observándole desde la orilla opuesta del rio, cosa que era muy fácil por el rastro de sangre y las hogueras que el ejército inglés iba dejando en pos de sí. Pont de l'Arche, Vernon, Mantes y el arrabal de Meulan fueron presa de las llamas. Así continuó marchando el ejército inglés hasta Poissy, cuyo puente habia sido destruido; pero no de modo que el ejército invasor no lo hubiera podido volver á utilizar. Felipe llegó á París al mismo tiempo que Eduardo á Poissy. La civilizacion de los tiempos modernos ha hecho cesar aquellos desastres sin fin de las antiguas guerras; en la ocasion á que nos referimos es muy cierto que ni los mismos bárbaros en sus correrías anteriores mostraron tanta falta de humanidad como las huestes invasoras de Eduardo. Repartiéronse destacamentos por los alrededores de Poissy. El castillo de Saint Germain en Laye, Nanterre, Ruel, Saint Cloud y Neuilly quedaron reducidos á ceniza. Distingúase por la noche desde París el reflejo de las llamas, y durante el día se podia designar el sitio que ocupaban las poblaciones por las gruesas columnas de humo que se incendió pro'ucia. Desde la primera invasion de los normandos, no habia vuelto París á verse en tal peligro, ni las mujeres de París habian tampoco visto, como los ciudadanos de Lacedemonia, antes de la época de Epaminondas, los fuegos del campamento enemigo. En la actualidad París ha recibido al enemigo dentro de sus muros, y Esparta va saliendo de sus ruinas.

Felipe quiso ponerse al frente de su ejército en San Dionisio, pero el pueblo se lo impidió arrojándose á sus piés y diciéndole: «¡Ha! ¿Qué intentais hacer noble señor y rey? ¿Queréis dejar abandonada vuestra noble ciudad de París? Los enemigos estan á dos leguas escasas: no tardaran en llegar á esta ciudad. Si llegais á partir no habrá nadie que nos defienda de

ellos.» El rey contestó: «No temais á los ingleses, buena gente: no se acercarán ya mas á este punto. Voy á San Dionisio á reunirme con mis guerreros, porque quiero cabalgar contra los ingleses y batirlos.»

Estas palabras calmaron los ánimos: los terrores del pueblo van casi siempre acompañados de sedicion y de locura: por una parte no querian que el rey se alejara, porque París quedaba sin defensa, por otra se negaban á tomar las precauciones necesarias á fin de que esa ciudad estuviera al abrigo de un golpe de mano de los ingleses. París carecia enteramente de puntos de defensa, ó es de suponer que no existian las fortificaciones erigidas por Felipe Augusto: el rey mandó construir atrincheramientos. Para construirlos era preciso derribar algunas casas, pero los propietarios se opusieron. Nótese de paso cuan enérgica era la fuerza de la libertad civil en una época en que la libertad política era nula. El pueblo abrazó el partido de los propietarios, y á pesar de haber acudido el rey de Bohemia á calmar la sedicion con quinientos caballos, no lo pudo conseguir, sino desistiendo del proyecto de derribo.

A esas conmociones, á esos motines de hombres que nada tenian que perder, se unian otras calamidades públicas y otras causas de turbulencias y confusiones. Todo estaba lleno de traidores asalariados con el oro de las rapiñas de Eduardo; y esos traidores aumentaban su número con la turba de hombres débiles, de esos hombres sin corazon y sin carácter, aliados naturales de los perversos, especie de traidores que contribuyen á propalar el terror y la adversidad. No faltaba quien empezaba á creer que el monarca inglés tenia derechos al trono de Francia, solo por la razon de que le habian visto alcanzar algunas victorias.

Las circunstancias eran en extremo interesantes, y grandioso el espectáculo que presentaban. Eduardo seguia en Poissy, cuna de San Luis, y Felipe en San Dionisio, tumba del mismo santo rey; ambos contendientes estaban á punto de lanzarse desde aquellas barreras para disputar el cetro del monarca que habia subido con su corona al cielo.

Era de esperar, segun toda apariencia, que la justicia alcanzase la victoria. En tanto que Eduardo no habia encontrado obstáculos, habia ido avanzando é internándose en el país, mas así que se presentó Felipe tuvo que pensar en la retirada, y se encontró, como dice Mezeray, en la situacion del lobo, que despues de haber hecho una gran matanza en el redil, oye ladrar los perros y solo trata de retirarse á los bosques. No era fácil la retirada. Eduardo no se habria aventurado á lanzarse sobre una ciudad como París, apoyada por un ejército de cien mil hombres. ¿Podia retroceder? Muy peligroso era, pues se veria acosado por un enemigo poderoso, teniendo que atravesar un país enteramente asolado. ¿Era mas prudente el atenerse á su primer proyecto y acantonarse en el Ponthieu? El Sena, cuyos puentes estaban ya cortados, le cerraba el paso, y aun cuando hubiera podido pasar ese rio, se habria el rey inglés visto enterrado entre las aguas del mismo, las corrientes del Oise y del Somme, y el ejército francés acantonado en San Dionisio. Sin embargo, este era el único plan que presentaba alguna probabilidad.

Hacia cuatro dias que Eduardo estaba preparando secretamente los materiales necesarios para la recomposicion del puente de Poissy, habiendo hecho propalar el rumor de que no pudiendo atravesar el Sena por el puesto en que se hallaba acantonado, trataria de verificarlo por algun puente mas allá de París. En tanto celebró con gran pompa la festividad de la Asuncion en la abadía llamada de las Damas, y dió un espléndido banquete, al cual asistió vestido, con una túnica de escarlata forrada de armiños, con la misma tranquilidad con que San Luis hubiera podido asistir á una solemne ceremonia en el seno de su

reino, y en el pueblo de su naturaleza. Finalmente, el ejército inglés recibió orden de ponerse en marcha para dar la vuelta á París. Felipe engañado por estas apariencias y falsas noticias, vino á situarse en el puente de Antony con objeto de cortar el camino á los enemigos. No bien acabó de salir el ejército francés de San Dionisio, cuando Eduardo, ejecutando una contra marcha, regresó á Poissy y pasó el Sena por el puente que había sido recompuesto con admirable presteza. La vanguardia inglesa, mandada por Gofredo de Harcourt, tocaba apenas la opuesta orilla del Sena, cuando se encontró con las milicias de Amiens acudilladas por cuatro caballeros de Picardía. Harcourt las atacó inmediatamente, y aunque se defendieron denodadamente no pudieron evitar el ser derrotadas y perder sus bagajes: mil y doscientos honrados milicianos quedaron sobre el campo de batalla, habiendo comprado con la vida el honor de ser los primeros que se opusieron al paso de los enemigos de su patria. Tal era en realidad el carácter de aquellas milicias municipales, de aquel pueblo que en el fondo constituía la verdadera nación francesa, y del cual la historia antigua, para eterna mengua suya, no habla nunca sino para prodigarle indecorosos epítetos. Aquellos orgullosos nobles con sus corazas y sus cascos á prueba de flecha y espada eran por ventura mas valientes que aquellos aldeanos que sin mas armas que un bastón ó una guadaña, y sin mas defensa que su pecho medio desnudo, se oponían á las impetuosas cargas de aquellos centauros de bronce? Cerca estaba ya el momento en que la pólvora inflamada en Crecy iba á nivelar el peligro, y á establecer igualdad en el campo de batalla, permitiendo al pueblo poder inscribir su nombre en los fastos de la gloria.

No supo Felipe que los ingleses habían levantado el campamento, sino de allí á dos dias. El monarca francés, aunque tenía que medirse con un general mucho mas hábil que él, no por eso puede decirse que no tenía mucho valor y bastante capacidad. Las increíbles faltas que cometió en aquella campaña, y las ventajas que dejó tomar al enemigo, no pueden atribuirse mas que al espíritu de infidelidad que súbitamente se había apoderado de gran parte de sus vasallos: lo cual prueba que no todos estaban intimamente convencidos de la conveniencia de la ley sálica. Entonces conoció, dice un historiador, que se hallaba rodeado de traidores, que le engañaban con falsas noticias, y daban noticia de todos sus movimientos al enemigo. Desesperado de haber dejado escapar la presa, se puso á perseguirla sin tregua. Envió un cartel á Eduardo desafiándolo á batalla, ó bien en la llanura de Vaugirard, ó bien entre Pontoise y Trancoville, si quería detenerse y esperarle. Eduardo contestó que no acostumbraba tomar consejo del enemigo, y prosiguió su marcha.

Al llegar á los campos de Beauvais, los arrasó como todos los demás, pasó los muros de aquella ciudad quemando y saqueando los arrabales, pero sin poder entrar en ella por la valerosa defensa de su obispo. La abadía de San Luciano fundada por Childerico, era despues de la de Saint-Germain-des-Prés el edificio religioso mas antiguo de Francia. Eduardo estableció en ella sus cuarteles, y viendo al marcharse que las llamas empezaban á devorar el edificio, mandó prender y ahorcar á los incendiarios. Empezaba sin duda á comprender que le convenia mudar de política y dió órdenes de que se respetaran las iglesias; pero tales órdenes no fueron en realidad mas que apariencias ilusorias que ni engañaron al cielo, ni fueron obedecidas de los soldados.

De esta manera iba perdiendo lentamente la Francia sus ciudades, sus aldeas, los templos de la religion y los monumentos de sus reyes. Pero aun faltaba Crecy, calamidad que había de hacer olvidar tantas

calamidades, triste término de la marcha triunfal de Eduardo al través de ruinas.

Desde la abadía de San Luciano pasó á alojarse á Milly, y luego á Grand-Villiers. Al pasar por delante Dargies quemó el castillo y taló los campos inmediatos. La ciudad de Poix se hallaba en aquel instante sin ningun elemento de defensa: en sus dos castillos nada mas encontraron los invasores que dos *hermosas señorilas*, hijas del señor de la ciudad que no salvaron su honor, sino por mediacion de los señores de Basset y de Chandos que las presentaron al rey de Inglaterra. Los habitantes de la ciudad se redimieron por de pronto del saqueo por una suma considerable; pero habiéndose suscitado al dia siguiente algunas contestaciones, fueron todos pasados á cuchillo. Por último, Eduardo acampó en Airaines, y envió sus mariscales á buscar un puente por donde pasar el Somme.

Allí habrían debido acabar sus triunfos y principiar las expiaciones: Felipe venia á marchas forzadas siguiendo sus pasos al frente de cien mil hombres, todos animados de los mas justos deseos de venganza.

Los ingleses no tenían mas que treinta mil combatientes: hallábanse ademas fatigados por la continua marcha y abrumados, digámoslo así, por el peso del botín: viéndose acosados entre el mar, el ejército francés y el río del Somme, cuyos puentes estaban rotos ó bien guardados, creyeron llegada ya para ellos la hora de la ruina. En vano los mariscales ingleses intentaron forzar el paso de los puentes de Remy, de Long en Ponthieu, y de Pequigny. No habiendo pues podido encontrar ningun punto por donde pasar el Somme, regresaron al campamento de Eduardo á dar cuenta del mal éxito de sus exploraciones. En aquel momento Felipe entraba en Amiens.

Arrepentido entones el rey de Inglaterra de los triunfos que á costa de tantas atrocidades había conseguido, propuso una suspension de armas y ofreció devolver todo lo que había tomado, pero podía acaso devolver la vida á tantas inocentes víctimas que su insana ambicion había sacrificado? ¿Podía tal cúmulo de calamidades ser considerado nada mas que como régias diversiones, que no dejan en pos de sí huella ninguna cuando á los que se entretienen con ellas les place interrumpirlas? Felipe, como gefe y como padre de la patria, no pudo mitigar el dolor ni acallar el sentimiento, y deshechó toda proposicion. No falta un historiador que al referir esta circunstancia quiere hacer responsable á Felipe de los males que posteriormente trajo aquella guerra; pero esa acusacion no pasa de ser una reprehensible sutileza filosófica ó un modo de juzgar los hechos por los acontecimientos que vinieron en pos de ellos. Felipe en obsequio de sus pueblos estaba obligado á obtener una reparacion solemne, y debía tratar de dar á los enemigos una lección no fácil de olvidar, haciéndoles entender cuál sería el resultado de las tentativas que en lo sucesivo les diese la manía de hacer. Un enemigo de tan mala fe como Eduardo no bien se habria librado del peligro, hubiera vuelto á proseguir su sistema de desolacion. Estas observaciones son razonables y destruyen la gratuita acusacion del auto á que nos referimos; pero la batalla de Crecy fue desgraciada. No siempre la fortuna marcha al par de la justicia; mas no por eso son menos efectivos y sagrados los derechos de esta.

En tanto, dice Froissart, estaba el rey de Inglaterra muy pensativo en Airaines. Antes de la salida del sol oyó misa, y mandó que se tocara á marchar. Atravesó el país de Vimeu y se acercó á Abbeville. Entregó á las llamas un villorrio en las inmediaciones de aquella ciudad, y vino á pasar la noche en el hospital de Oisemont. Felipe por su parte, habiendo salido de Amiens, llegó á la una del dia á Airaines. Allí encontró preparados los comestibles que los ingleses habían abandonado precipitadamente. Habiendo vuelto los

mariscales de Eduardo á explorar el terreno para ver si hallaban medio de pasar el río, regresaron por la noche al real diciendo que su expedicion no había tenido mejores resultados que la anterior. Si Felipe hubiera tenido solamente la ventaja de algunas horas de marcha, ó el vado de Blanche-Taque hubiese estado mejor custodiado, habría sido inevitable la ruina del ejército inglés.

Ese ejército y su monarca que tanto terror habían causado, sentían á su vez los efectos del terror. Eduardo, perdida su reputacion de capitán, despreciado como rey, aborrecido como hombre, iba á sufrir el trágico fin de un aventurero, ó de un incendiario. Siendo derrotado habría aparecido en la historia como un general sin prevision, sin valor, sin mérito; pero la victoria lo preconizó como general ilustre: el talento y la victoria son al parecer la misma cosa; un solo momento separa la infamia de la gloria.

Era de noche: en el campamento inglés nadie dormía: unos empezaban á alligarse por el botín, que se les iba á caer de las manos, y otros temerosos de no volver á ver nunca el patrio suelo, suspiraban por sus padres, por sus hijos y por sus esposas. Los soldados, que habían ido á explorar el río, contaban noticias horribles; á cada paso se creía oír la gritería del ejército francés, que había prometido no dar cuartel á ningun enemigo: Felipe había hecho este terrible juramento en un arrebato de cólera, y es de presumir que no lo hubiera cumplido en el momento del triunfo.

No era menor la ansiedad que dominaba entre los gefes: el mismo rey, arrinconado á la orilla del mar, bajo su tienda de campaña, como una fiera bajo su guarida, dirigía en su rededor sombrías miradas que cobraban algun viso de ternura al fijarse en su hijo: aquel jóven príncipe, destinado á ser en lo sucesivo modelo de la caballería, había llegado sin saberlo á la vispera de su gloria, y empezaba, digámoslo así, á brillar con la aureola que dentro de pocas horas iba á desarrollarse sobre él. Su negra armadura daba un particular realce á su elevada talla y á su juventud, poniendo de manifiesto la blancura de su cutis: era alto y pálido como se dice que lo fue tambien el capitán Bayardo, pero mas hermoso que este.

Eduardo, á fin de tomar un postrer partido, mandó reunir un consejo de guerra, y sintiéndose sin duda inspirado por la mala fortuna de la Francia hizo comparecer á varios prisioneros del país de Vimeu y de Ponthieu, y prometió á cualquiera de ellos que indicase un vado para pasar el ejército, su libertad y la de otros veinte prisioneros. Entre aquellos desgraciados hubo un hombre de baja condicion, cuyo infame nombre, Gobin-Agace, ha sido conservado por la historia, como uno de los de aquellos hombres de perdicion que la Providencia emplea cuando se propone descargar su indignacion sobre algun pueblo culpable.

Aquel hombre declaró que existía un vado por el cual podían en algunas partes pasar doce hombres de frente, dos veces al dia, durante la baja mar. El fondo de este vado se componia de una arena blanqueca y dura, por lo cual se le daba el nombre de Blanche-Taque (*Mancha blanca*), ó Blanche-Cayeux. Añadió que podían pasar carros por ese vado, y que el agua no llegaba á los hombres mas que hasta la rodilla. Eduardo, arrebatao de gozo exclamó: «Si es cierto lo que dices daré libertad á ti y á tus compañeros, y te daré cien escudos.» Y Gobin-Agace replicó: «Señor, con mi cabeza respondo.»

Mandó en el acto Eduardo á sus capitanes estar prevenidos, y á media noche al primer sonido del clarín, se cargaron las acémilas y carruajes, y se tomaron las armas. Al despuntar principió á desfilar el ejército inglés guiado por Gobin-Agace. Harcourt mandaba la vanguardia, por consiguiente puede de-

cirse que la fuga de los enemigos de la Francia era dirigida por dos franceses. El sol aparecia apenas en el Oriente, cuando llegaron al vado. Si era grande la alegría de los ingleses en tanto que se habían prometido vadear el Somme, no fue menor su desesperacion cuando llegaron á su orilla y vieron que en tanto que no principiara el reflujó del mar era impracticable el paso. En aquel momento el flujo se hallaba en su mayor altura. No era este el único inconveniente: al otro lado del río se veía formado en batalla un cuerpo de doce mil franceses mandados por aquel bizarro Godemar de Fay, que con tanto denuedo había sostenido la defensa de Tournay. Temiendo Felipe que por último el enemigo llegaria á descubrir el vado de Blanche-Tache, destacó de su ejército mil hombres de armas y seis mil arqueros genoveses. Ese cuerpo, al cual se habían reunido las milicias de Abbeville, pasó el Somme en Saint-Seigneur y bajó á Blanche-Tache.

Cuatro horas mortales pasaron antes que el vado llegara á ser practicable. Por fin, el monarca inglés dió la señal y mandó á los dos mariscales Warwick y Harcourt atravesar el río con banderas desplegadas y en nombre de Dios y San Jorge, advirtiendo que los soldados mas valientes y mejor armados fueran los que debían ponerse al frente del movimiento. Eduardo, seguido del príncipe de Gales, se arroja al agua con espada en mano: los caballeros franceses enristran lanzas en la orilla opuesta, salen á su encuentro y los reciben con denuedo. Trabóse un combate en el álveo mismo del río. El peligro que corrían los ingleses se iba haciendo cada vez mas inminente; no les quedaban ya mas que dos horas para verificar el paso de sus tropas, carros y bagajes. Si la marea volvía á subir quedaban sepultados. Por otra parte empezaban á verse ya los exploradores del ejército de Felipe que les venia siguiendo los pasos. En esa critica situacion se redoblaron las fuerzas y el denuedo de las huestes inglesas: sus arqueros logran á flechazos abrirse paso entre los arqueros genoveses que dominaban la orilla derecha del río: Harcourt y Warwick consiguen llegar á esa orilla con algunos escuadrones; cargan á los franceses; los ponen en desórden, y se apoderan del terreno cubriendo el paso del resto del ejército y protegiendo la formacion de las columnas: apenas estas llegan á desplegarse, huyen las milicias mandadas por Fay, el mismo Fay no tuvo mas remedio que retirarse.

No bien acababa de pasar Eduardo con su ejército, cuando la vanguardia francesa entraba en el campamento que el enemigo acababa de abandonar y se apoderaba de algunos carruajes y de trescientos ó cuatrocientos rezagados. Bien hubieran podido exigirse represalias sobre aquellos incendiarios; pero se les perdonó la vida. Al llegar Felipe tuvo el disgusto de ver á su enemigo en la otra orilla, y no poder seguirle porque la marea empezaba ya á cubrir el vado. No tuvo pues mas remedio que malograr un dia, retroceder y verificar el paso del río en Abbeville. El suceso que hemos descrito ocurrió el 24 de agosto del 1346, dia de San Bartolomé.

Así lo refieren Froissart y otros autores que han escrito posteriormente; pero el continuador de Nangis y el autor anónimo de la Crónica de Flandes aseguran que Godemar de Fay se retiró sin combatir. Mezeray añade que era pariente de Gofredo de Harcourt, y que estaba vendido á Eduardo: lo cierto es que Felipe en lo sucesivo quiso mandarlo ahorcar como traidor. Pero la indignacion de un rey excitada por la desgracia, y por el testimonio de dos autores que adoptan todos los rumores populares, no es testimonio bastante para destruir la relacion circunstanciada de Froissart, ni para deshonrar la memoria de un antiguo capitán que tan repetidas pruebas de valor y lealtad había dado. Felipe tenía cien mil combatientes; si en vez de doce mil hubiera enviado treinta

mil al vado de Blanche-Tache, número igual al que tenían los ingleses, es probable que estos se hubiesen visto perdidos.

Eduardo, después de haber pasado el vado, dió gracias á Dios, mandó llamar á Gobin-Agace, púsole en libertad juntamente con todos sus compañeros, y le dió los cien escudos prometidos y además una acémila.

Iba el enemigo á entrar en las llanuras donde los franceses no podían menos de salirle al paso; no podía sostenerse más que de pillaje, y esta circunstancia retardaba su marcha. Si Eduardo apresuraba su retirada con un ejército cansado, y perseguido por tropas superiores en número, y que aun no habían llegado á fatigarse, era de presumir que la retirada se convertiría en fuga: además sabía Eduardo que Flandes le envía un socorro de treinta mil hombres, y estas reflexiones le obligaron á proceder con sumo tiento, no precipitando sus pasos y limitándose únicamente á escoger fuertes posiciones para estar á la defensiva y poder con ventaja resistir al ejército francés.

Con este objeto que revelaba las miras y la capacidad de un gran capitán, sentó su primer campamento en una altura que domina á Crecy, población para siempre memorable á orillas del riachuelo llamado Maye. El condado de Ponthieu había sido dado en dote á Isabel, hija de Felipe el Hermoso y madre de Eduardo. El rey de Inglaterra consideró como de buen agüero el defenderse, caso de ser atacado, sobre una tierra que por haber pertenecido á su madre creyó que debería serle favorable. Los hombres se creen más fuertes cuando pueden autorizarse con alguna cosa que se parezca á la justicia.

Felipe, temiendo que el enemigo se le volviera á escapar, no dió descanso ninguno á sus tropas, y por consiguiente desfilaron por el puente de Abbeville. Habiéndose alojado en la abadía de San Pedro de aquella ciudad, el rey dió una comida á los príncipes, que por la mayor parte hicieron sin saberlo en aquella ocasión, lo que en tiempo de los mártires se llamaba *comida libre*, es decir, la última comida antes de la muerte. Al amanecer del 25 de agosto de 1846, todo el ejército francés había pasado el Somme. A su frente iban cuatro reyes, á saber: Felipe el Afortunado, rey de Francia; Juan el Ciego, rey de Bohemia; Carlos, su hijo, electo emperador, llamado rey de Romanos, y el rey destronado de Mallorca. También figuraba el conde de Alençon, hermano del rey, que fue causa de que se perdiera la batalla; el conde de Blois, sobrino suyo; Luis, conde de Flandes, y su joven hijo; los condes de Sancerre, de Auxerre; Juan de Hainaut, conde de Beaumont; los duques de Lorena y de Saboya; toda la nobleza que no se hallaba en el sitio de Aiguillen; y finalmente, entre los escuderos y caballeros figuraba Harcourt, hermano mayor de Gofredo de Harcourt.

Engañado por una falsa noticia Felipe al salir de Abbeville, creyó que los ingleses habían abandonado á Crecy: ya había andado el ejército dos leguas por un camino opuesto, cuando se supo que Eduardo conservaba sus primeras posiciones. Fue pues preciso hacer alto, mudar de camino, y enviar á practicar un reconocimiento, cuya operación fue confiada á Miles Desnoyers, porta-oriflama, y á los señores de Beaujeu, d'Aubigny y de Basele, llamado el Fraile.

El ejército inglés, dividido en tres cuerpos, cubría la colina de Crecy: en la cima de esta colina dominaba un bosque que Eduardo había mandado rodear de un foso para proteger los bagajes y pertrechos de guerra. Eduardo mandó echar pié á tierra á toda la caballería pesada, excepto unos mil doscientos ginetes colocados en las dos alas de la infantería. El bosque venía á formar como un último atrincheramiento que en el caso de una derrota habría tal vez servido más

de red que de punto de salvación á los que se hubieran retirado. La izquierda de los ingleses estaba cubierta por el bosque de Crecy y la derecha por la aldea de ese nombre, y por atrincheramientos de tierra y troncos de árboles colocados horizontalmente: de manera que la línea de batalla que el ejército inglés presentaba descubierta era de muy corta extensión, y estaba dispuesta de modo que el ejército de Felipe perdía al atacarlo la ventaja de la superioridad del número.

Los tres cuerpos escalonados presentaban tres semicírculos paralelos sobre la colina, y cada uno de ellos estaba subdividido en tres líneas, la primera de arqueros, la segunda de infantería de Gales é irlandesa, y la tercera de coraceros ó caballería á pié.

El primer cuerpo, que á manera de vanguardia estaba situado al pié de la colina, constaba de ochocientos coraceros, un tercio de infantería y dos mil arqueros, mandados todos por el príncipe de Gales ayudado de Gofredo de Harcourt, los condes de Warwick y de Kenfort, Chandos, el señor de Man y toda la flor de la caballería.

El segundo cuerpo, situado sobre el anterior, se componía de ochocientos coraceros y mil doscientos arqueros, mandados por los condes de Northampton y de Arundel.

El tercer cuerpo coronaba la colina á las inmediatas órdenes de Eduardo, y constaba de setecientos coraceros y dos mil arqueros. Tal vez era en el centro de este cuerpo donde se ocultaban máquinas desconocidas hasta entonces.

Atendidas estas disposiciones, Felipe tenía que atravesar, subiendo una colina, nueve líneas formidables.

Durante la noche que precedió á la batalla, Eduardo dió un magnífico convite á sus condes y barones, y cuando estos se retiraron entró en su oratorio y permaneció de rodillas hasta media noche. Concluida su oración se recostó sobre una piel de cordero hasta que, al despuntar el día, oyó misa y comulgó con el príncipe de Gales. La mayor parte del ejército se confesó y dispuso á comparecer ante Dios: lo mismo había hecho Felipe en la abadía de San Pedro en Abbeville. Las oraciones pronunciadas bajo el casco no eran en aquella época consideradas como una debilidad; porque se decía que el caballero que elevaba su espada hacia el cielo pedía la victoria, pero no la vida.

Concluidas las oraciones y oída la misa, volvieron los tres cuerpos á ocupar sus respectivos destinos, quedando cada caballero bajo su bandera y formando un magnífico espectáculo en la pendiente de la colina. Eduardo, cabalgando en un pequeño caballo, con un bastón blanco en la mano, y seguido de sus mariscales, recorrió las filas exhortando á los condes, barones, caballeros, escuderos y mercenarios á cumplir con su honor haciendo su deber, y esto se lo decía sonriendo y con palabras tan amables, que los más tímidos se llenaban de confianza al oírlo. Después de haber pasado revista de este modo á las tres líneas de batalla, se retiró cerca de medio día á la que mandaba personalmente, con el objeto de estar á la mira de cuanto ocurriera durante el combate. El ejército comió, y en seguida los soldados se sentaron cada cual en su puesto sin perder la formación, esperando tranquilamente al enemigo con las armas en descanso.

El porta-oriflama, Miles Desnoyers, y los señores de Beaujeu, d'Aubigny y de Basele, enviados por Felipe á explorar el terreno, vieron á los ingleses en la situación que acabamos de describir, como una turba de segadores sentados alrededor de un campo de trigo. También los ingleses vieron á los exploradores, y les dejaron examinar á placer el campamento: desde entonces se pudo, atendiendo á esa superioridad de sangre fría y de confianza, asegurar á qué lado se inclinaria la victoria. Eduardo había tenido particular cuidado de mandar que por ningún concepto se rom-

piaran las filas: esperaba, y no sin razón, convertir en provecho de sus armas el impetuoso ardor de los soldados franceses, á quienes ya más de una vez había sido fatal su excesivo denuedo.

Efectivamente el tumulto y confusión del ejército francés presentaban un doloroso contraste con la calma y regularidad del enemigo: en aquel podían contarse mil intrépidos capitanes, pero ni un solo general. Desde los primeros momentos no habían podido ponerse de acuerdo por lo tocante al orden que había que seguir. Los ballesteros genoveses ocupaban un puesto detrás de la caballería á la cola de la columna: el rey de Bohemia hizo presente que no se daba á aquellos extranjeros toda la importancia que su acreditado valor merecía, y que ellos solos debían hacer frente á los arqueros ingleses. La autoridad de aquel anciano monarca y su experiencia en la guerra convencieron á Felipe, y mandó que los genoveses se pusieran al frente de la columna, lo cual dió que murmurar al conde de Alençon que deseaba ser el primero en chocar con el enemigo.

Al avanzar el ejército francés sobre Crecy se hallaba dispuesto del modo siguiente: quince mil ballesteros, casi todos genoveses, mandados por Carlos Grimaldi y Antonio Doria, formaban la vanguardia; seguía Carlos, conde de Alençon y hermano del rey, con cuatro mil combatientes, y por último, cerraba el cuerpo de ejército la columna mandada personalmente por el rey, compuesta igualmente de caballería, y acompañada de los monarcas extranjeros y de la alta nobleza. El duque de Saboya que acababa de llegar con un refuerzo de dos mil caballos, mandaba la retaguardia juntamente con el rey de Bohemia. Una innumerable infantería andaba errante, sin concierto ni formación alguna por los campos, obstruyendo los caminos y sirviendo de estorbo á las tropas regulares. Cada ginete iba acompañado de tres ó cuatro infantes para su servicio, como sucede actualmente con los cuerpos de mamelucos: las guerras de las Cruzadas habían enseñado á la tropa francesa este modo de organizar la caballería, así como el uso de la ballesta, y el traje largo.

Al volver los cuatro caballeros exploradores de su expedición, Felipe les preguntó en alta voz qué noticias traían, y ellos mirándose recíprocamente parecía que no se atrevían á explicarse. El rey mandó hablar al señor de Basele. Este caballero, suizo ó champañés, servía al rey de Bohemia, y pasaba por uno de los capitanes más prácticos del ejército. «Hemos cabalgado hacia el enemigo, dijo este caballero, y hemos tenido ocasión de ver y examinar el buen orden en que se hallan los ingleses. Mi parecer señor, salvo el superior vuestro, sería que mandarais acampar el ejército sobre este terreno y permanecer en él durante todo el día de hoy. Pues antes que puedan reunirse todas las tropas que vienen á retaguardia, y ordenarse en batalla, será ya tarde, y además vuestros soldados llenos de cansancio tendrán que chocar con un enemigo fresco y vigoroso. Mañana se podrá pensar con más madurez y obrar con más acierto en vista del detenido reconocimiento que se hará del campo enemigo, pues no debéis tener la menor duda que esperarán el combate.

Jamás se dió un consejo más saludable: el ejército francés venía fatigado de las continuas marchas; había pasado la noche anterior desfilando por Abbeville; acababa de andar seis leguas al trote de la caballería; estaba abrumado de cansancio y de calor (era un día de los más calurosos del estío), y por último, no había tomado todavía alimento, y acababa de sufrir un aguacero que casi había inutilizado los arcos de los genoveses.

No se ocultó á Felipe la discreción de aquel consejo, y por lo tanto mandó suspender la marcha. Los dos mariscales de Montmorency y de Saint-Venant, re-

corrieron la columna gritando: ¡Alto, banderas: en nombre de Dios y de San Dionisio, alto! Bien se revela en esa voz de mando, y en esas costumbres que solo Dios era el considerado como supremo soberano en aquella época, y que los mariscales de Francia ejercían funciones que hoy están á cargo de los subalternos inferiores.

Los genoveses hicieron alto, y empezaron á preparar su comida; pero el conde de Alençon que iba en pos de ellos con su caballería ó no oyó el orden, ó no quiso obedecerla. La juventud que rodeaba al conde consideraba como un insulto el que los genoveses hubieran de ser los primeros en atacar al enemigo, y juraron no hacer alto hasta ponerse delante de los extranjeros que iban al frente de la columna. El conde de Alençon encuentra á los genoveses ocupados en preparar sus ranchos, los trata de cobardes, y los obliga á marchar adelante. Los últimos cuerpos de la columna no quieren tampoco detenerse; el rey y los mariscales se ven á pesar de sus esfuerzos arrastrados por un impulso general. Las milicias municipales que confusamente cubrían el campo que media entre Abbeville y Crecy al ver avanzar la caballería, creyeron que la acción había ya principiado, y vibrando sus diversas armas empezaron á gritar: ¡A la muerte! ¡A la muerte! y cada señor se precipita con sus vasallos anhelando llegar el primero. Cien mil hombres se empujan y precipitan en un pequeño espacio: un eclipse acaba de exaltar la imaginación; una tempestad estalla y aumenta el desorden; y finalmente, entre estruendos de truenos y torrentes de lluvia llega el ejército francés á la vista del enemigo gritando: ¡A la muerte! ¡A la muerte!

Los ingleses se levantan silenciosamente: solo los arqueros colocados en primera fila son los que dan un paso adelante; la infantería irlandesa y la del país de Gales desenvainan su ancha ó corta espada, y los soldados que están en tercera fila suspenden lanzas de manera que parecen un pequeño bosque.

Si no le fue dado á Felipe detener su ejército antes de llegar al campo de batalla, mucho menos posible le hubiera sido conseguirlo en presencia del enemigo: la vista de los ingleses produjo en el mismo pecho del monarca igual sensación que la que causó en todo el ejército; furor marcial, ansia de combate. *Allí están, gritó Felipe, allí están esos malvados que han degollado á mi pobre pueblo y desolado é incendiado la Francia. Ea señores, barones, caballeros y hombres buenos, venquemos nuestras injurias, olvidemos odios y rencillas pasadas, si por casualidad las hay entre nosotros, y mostrándonos corteses, sin orgullo, portémonos en esta ocasión como parientes, como hermanos.*

Eran las tres de la tarde (26 de agosto de 1346) cuando se dió orden á los ballesteros genoveses de principiar el ataque. Como estos se hallaban secretamente resentidos de las ultrajantes palabras del hermano del rey, pidieron un momento de descanso, representando hallarse abrumados de hambre y de cansancio; dijeron también que la lluvia había alojado las cuerdas de las ballestas, y que por todas estas razones confesaban hallarse poco dispuestos á llevar á cabo grandes hazañas. Habiendo oído el conde de Alençon estas palabras gritó: *Por nuestra cuenta corre el que esa canalla cumpla con su obligación, y cargó sobre ellos. Viéndose los genoveses obligados á combatir principiaron dando espantosos alaridos para aturdir á los ingleses. A cada grito hacían un momento de alto, y en seguida corrían hacia el enemigo: al tercer grito lanzaron sus flechas que no produjeron ningún efecto.*

Entonces los arqueros ingleses desnudaron sus arcos que hasta entonces habían estado cubiertos con la funda por la lluvia; tendieronlos hasta juntar sus extremidades, y lanzaron tal número de flechas que,